

PODEMOS CREER EN SU SALVACIÓN

¿Cuál es la única vía de escape para el que se encuentra atrapado en las redes del pecado? El apóstol San Pablo declaró: "No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree" (Romanos 1:16). Sí, ciertamente es poder de Dios para la salvación de todos los que creen en Jesús de todo corazón, lo aceptan como tal, y hacen de él el Señor de sus vidas.

Hay dos clases de vida: la espiritual y la física; y también hay dos clases de muerte: la espiritual y la física. Es perfectamente posible que alguien esté vivo físicamente, pero que al mismo tiempo esté muerto en el espíritu.

"El os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia" (Efesios 2:1, 2).

Satanás conduce al que está muerto espiritualmente por una espiral cada vez más profunda de pecado y desobediencia. Pero uno de los aspectos maravillosos del evangelio es que Dios ama a los perdidos con un amor eterno e incondicional y les ofrece una completa y gratuita liberación de su cautiverio.

Dios nos amó cuando no merecíamos ser amados. Su gracia obró en nosotros una resurrección espiritual que produjo una nueva vida física en Cristo. "Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo..." (Efesios 2:4).

Para entender bien la salvación que Cristo nos ofrece, también debemos entender en qué consiste nuestra necesidad.

1. Necesitamos ser salvados del pecado. ¿Cuántos han pecado? "Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23). En otras palabras, no vivimos de acuerdo con lo que es correcto. Un padre dominado por la ira puede castigar a su hijo hiriéndolo física y emocionalmente. Alguien que se encuentra en el volante de un vehículo se puede enojar tanto con otro conductor y casi causar un accidente. Un estudiante resentido puede cubrir de insultos a su profesor. Un empresario se puede "olvidar" del pago de ciertos impuestos. Y podríamos seguir, porque esa es la condición humana.

¿Cómo definen las Escrituras el pecado? "Toda injusticia es pecado" (1 S. Juan 5:17). Necesitamos que se nos rescate de toda clase de malos

hábitos: la mentira, el abuso, la soberbia, la codicia, la envidia y la amargura, para mencionar sólo algunos. Las Escrituras también definen el pecado como el quebrantamiento de la ley moral contenida en los Diez Mandamientos que se encuentran en el capítulo 20 del Exodo.

"Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley, pues el pecado es infracción de la ley" (1 S. Juan 3:4). Por lo tanto, necesitamos que se nos salve del pecado.

2. Necesitamos que se nos salve de una relación quebrantada con Dios. "He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha endurecido su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios" (Isaías 59:1, 2).

Cuando el pecado no está perdonado, nuestra relación con Dios está cortada. Por eso Jesús declaró que la incredulidad es pecado. Cristo vino, entre muchas otras cosas, para que volviéramos a tener confianza en Dios.

3. Necesitamos ser salvados de la muerte eterna, que es la paga del pecado. "Porque la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23).

Hay una doctrina de las Escrituras muy poco conocida. Según ella hay dos muertes: una, transitoria, que es tan común en este mundo pecaminoso en el que vivimos, y de la que todos van a resucitar: unos para vida eterna y otros para perdición perpetua. El profeta Daniel lo dice así: "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua" (Daniel 12:2).

Esa "confusión perpetua" es la segunda muerte, de la cual no hay resurrección. San Juan lo expresa de la siguiente manera: "Esta es la muerte segunda" (Apocalipsis 20:14).

La paga del pecado es esta muerte segunda, sin resurrección. Por eso la llamamos también muerte eterna. Jesús nos salva precisamente de ella.

4. Necesitamos que se nos salve de una vida infeliz y pecaminosa. El pecado es un callejón sin salida. Los seres humanos dominados por él jamás pueden ser verdaderamente felices, porque la auténtica felicidad es el resultado primero de la salvación que Jesús nos ofrece, después de nuestra permanente comunión con Dios, y por fin de una vida de servicio amante en favor de los demás. Una vida de pecado deja a su paso un vacío doloroso y sombrío.

5. Necesitamos que se nos salve de un mundo pecador. El mundo en

que vivimos es la antítesis del jardín del Edén. Por donde miremos vemos el pecado y sus consecuencias: millones y más millones de seres humanos viven en condiciones infrahumanas y miserables; otros millones, presos de la angustia y la soledad; la guerra que hace estragos en diferentes lugares, y que deja una estela de odio y de muerte; toda clase de enfermedades, algunas de ellas terribles como el cáncer y el SIDA. De todo ello y mucho más debemos ser salvados.

¿Quién puede salvarnos?

1. Jesús puede librarnos del pecado. "Y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (S. Mateo 1:21).

Un hindú le dijo una vez a un amigo cristiano: "En el hinduismo hay muchas cosas que no encontramos en el cristianismo; pero en el cristianismo hay algo que no tiene el hinduismo: un Salvador".

Efectivamente, el cristianismo es la única religión que le ofrece un Salvador al mundo.

2. Jesús puede restaurar nuestra quebrantada relación con Dios. Una de las figuras de lenguaje que usa Dios para describir su relación con el creyente es el matrimonio. San Pablo escribió a los que habían aceptado a Cristo como su Salvador: "Estabais sin Cristo... sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo" (Efesios 2:12, 13).

La persona que se allega a Jesús experimenta un gozo semejante al que siente una pareja durante el noviazgo y el matrimonio. Cuando el creyente entrega su vida al Señor, comienza una relación con Cristo que dura toda la vida.

3. Jesús puede salvarnos de la muerte eterna, la paga del pecado. "Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Romanos 6:23). Nosotros quebrantamos la ley y merecemos la muerte eterna. Jesús, que sufrió esa muerte en lugar de nosotros, puede salvarnos de ella y darnos vida eterna. ¿Cuándo y cómo? "Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:8).

Haroldo Hughes había abandonado la esperanza de cambiar. Muchas veces, desesperadamente, había intentado dejar el alcohol, pues sabía que la bebida había convertido su hogar en un infierno. Intentó

suicidarse, pero antes de abrir la válvula del gas pensó que tenía algunas cosas que debía explicarle a Dios. Esa oración se transformó en una larga y sollozante petición de ayuda.

Y el Señor le respondió. Haroldo Hughes se consagró a Cristo y halló la fuerza espiritual para perseverar. Dejó el alcohol y se transformó en un amoroso y responsable esposo y padre, y llegó a ser un destacado miembro del Senado de los Estados Unidos.

¿Qué debemos hacer para librarnos de nuestra vida de pecado?
"Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados"
(Hechos 3:19).

La Escritura, acerca del arrepentimiento y la confesión dice lo siguiente:
"¿O menospreciáis las riquezas de su benignidad, paciencia y generosidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?"
(Romanos 2:4).

Quiere decir que el arrepentimiento --aunque no sepamos todavía lo que es-- es una consecuencia de la bondad de Dios; es otro maravilloso don del Altísimo. Pero, ¿qué es?

Un joven, mientras paseaba con otros compañeros de colegio por el bosque, dio muerte accidentalmente a su mejor amigo. Eso quedó cabalmente demostrado. Mientras velaban al fallecido, el joven que apuntó el arma con tan mala suerte lloraba sin consuelo: "¡Maté a mi amigo! ¡Maté a mi amigo!" Decía entre sollozos. ¡Qué inmenso dolor experimentaba!

El arrepentimiento es sentir una profunda tristeza por nuestros pecados, apartarnos de los viejos hábitos, prácticas y actitudes. No es temor al castigo, sino una respuesta a la bondad divina que movió a Jesús a morir en nuestro lugar.

Las Escrituras hablan de confesión. ¿De qué se trata? "El que oculta sus pecados no prosperará; pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia" (Proverbios 28:13).

El verdadero arrepentimiento consiste en apartarse del pecado y, hasta donde sea posible, arreglar los agravios del pasado. Pero eso debe ir acompañado de la confesión. Acerca de ella la Escritura nos dice además lo siguiente: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 S. Juan 1:9).

Recibe tu nueva vida en Jesús. Cree que él te ha salvado. Acepta que él

te ha perdonado, te ha limpiado y te ha dado una vida completamente nueva. Esta gloriosa promesa es para ti: "Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad (poder, privilegio) de ser hechos hijos de Dios" (S. Juan 1:12).